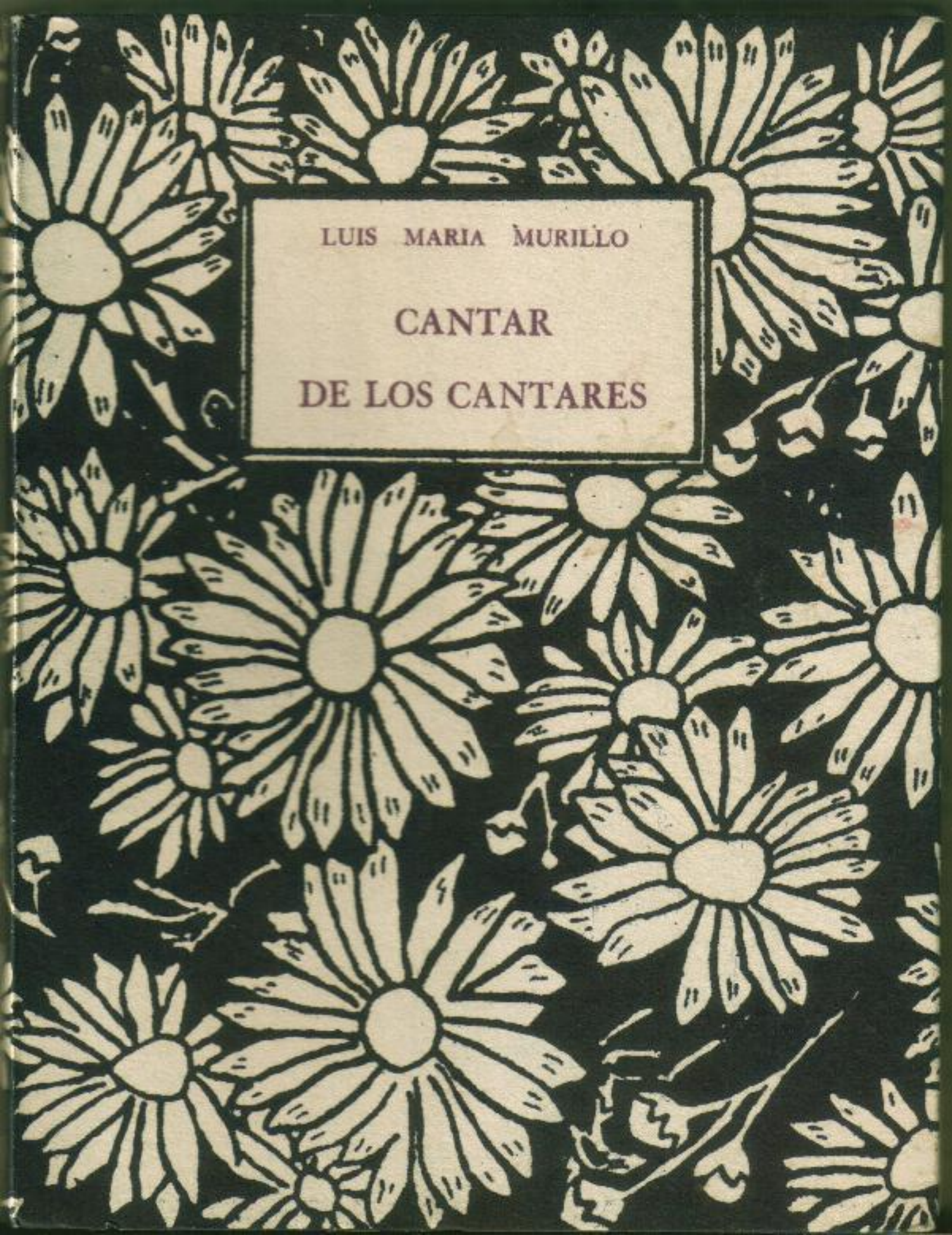




LUIS MARIA MURILLO

CANTAR
DE LOS CANTARES

CANTAR
DE LOS CANTARES

CANTAR DE LOS CANTARES

*Pastoral de espíritu barroco,
precedida de una exégesis
filosófica del amor.*

por

LUIS MARÍA MURILLO

Derechos registrados por el autor
de acuerdo con la Ley.

Impreso por Librería Voluntad, Bogotá

VENDIMIA

HOMENAJE	13
----------------	----

EXEGESIS FILOSOFICA DEL AMOR

De la felicidad	17
De la moral	29
De la estética	41

DAFNIS Y CLOE

(Pastoral)

Estancia Primera:

Mitilene	67
Alborada	71

Estancia Segunda:

Preludio	81
Barcarola	85

Allegro	91
Fantasia	95
Andante	99
Nocturno	101
Maestoso	105

Estancia Tercera:

Cantar de los Cantares	127
----------------------------------	-----

Estancia Cuarta:

Muerte de Cloe	145
--------------------------	-----

HOMENAJE

"CANTAR DE LOS CANTARES"

es una historia de unos amores inocentes, con una pareja candorosa de zagales, en un país maravilloso.

HOMENAJE

*Consagro este hacecillo de hojas a la amada memoria de **ISABEL** mi esposa admirable y gentil, plena de gracia.*

Lo dedico a mis hijas, Isabel, María Teresa y Alicia; a todas las mujeres que aun no han quebrantado los fueros de su feminidad, y a quienes —sano el corazón— descubran la parábola que encierran estas páginas.

EL AUTOR

EXEGESIS FILOSOFICA
DEL AMOR

De la Felicidad

“El carácter esencial y distintivo del amor platónico no lo determina la renuncia a la posesión material del objeto amado, sino su relación con la teoría de las ideas. Hemos visto que la bondad, la hermosura y la perfección de las cosas derivan de un modo inmediato de la participación que tienen en las ideas”.

Cohn — (“Los Grandes Pensadores”).

“Todo amor debe contener un elemento sensual, ésto es, el deseo anhelante de poseer al objeto del amor y, en unión con él, servir las leyes de la naturaleza”.

Hartwich y Krafft-Ebing
 (“Psicopatía Sexual”).

CUATROCIENTOS años antes de Cristo, en la Pentápolis Líbica, existía una escuela filosófica creada por un discípulo de Sócrates, Aristipo, y cuyo objetivo era el placer alcanzado por los sentidos y por el espíritu.

Para ese filósofo la consecución del placer era "cosa de la sabiduría y de la prudencia". Siguiendo un plano elevado y austero, podríamos pertenecer a la escuela cirenaica todos cuantos buscamos la belleza a través de los sentidos y del espíritu, sana la mente y el cuerpo sano.

En la acepción más depurada de este concepto helénico del placer, aparece, como causa, este otro: el del amor. Es el amor en la antigua Grecia, una aspiración hacia lo más perfecto, es cuanto conduce a la justicia, todo lo que lleva al supremo bien y a la belleza absoluta.

*



El placer no es una causa, como lo supusieron algunos de los equivocados discípulos de Aristipo, o se lo pretenden atribuir ciertos moralistas profesionales, sino un efecto. En este sentido no es opuesta a la filosofía de Platón la del filósofo de Cirene, sino su imprescindible aliada.

Aristipo quería que no se derrochara el placer; deseaba que se gozara con prudencia, humanamente, es decir, con los sentidos y con el espíritu. La esencia de la doctrina del filósofo pudo ser ésta: No desperdiciéis los frutos de vuestra vendimia, no sembréis inútilmente; en cada uva hay una embriagadora gota de vino. Nunca dijo: Que vuestras viñas sean de concupiscencia o de violencia. Seguramente deseaba, como filósofo virtuoso y austero que era, que fuesen de virtud y de austeridad.

Si nuestra viña es la helénica y suprema idea del bien, si nuestra causa es Dios, entonces ca-



Cantar de los Cantares

minemos hacia El en derechura, buscando todo el placer que se pueda encontrar en ese largo y difícil camino. Sufrir porque no se nos tuerza ese rumbo, es virtud; buscar inútilmente, sin razón, el cilicio, es insensatez! El injustamente difamado Aristipo, confesaba "que el más grandioso espectáculo de la vida lo constituye el ver a un hombre virtuoso siguiendo derechamente su camino en medio de un pueblo dominado por el vicio".

También la filosofía de Aristipo puede conducir al hombre al placer, aún aprovechándose de su propio dolor. Así está concebida esta bellísima copla llanera, tan leal al corazón:

"Dejar que tras ella vayan
mi dolor y mi pensar;
gozar sufriendo por ella,
soñar, y siempre soñar".

*



Si se eleva la temperatura de una solución y se mantiene agitada, se sobresatura. Abandonada a eso que tan inconscientemente llamamos reposo, se principian a formar cristales que, por su especial simetría y organización, dan a conocer su íntima naturaleza. Igual la constitución humana: agitada por la alegría o por el dolor, se nos presenta amorfa, confusa. En cuanto llegan los aparentes reposos del espíritu, se cristaliza, y aparecen entonces, sus múltiples facetas, los complicados ejes, las agujas desnudas, su íntima estructura.

Es este un hecho universal que no podemos evadir. Nuestra personalidad se cristaliza y muestra fatalmente: o en la confidencia al oído del amigo, o en la carta íntima, o en la predicción pública. En el ruego o en la imprecación.

Juan Jacobo Rousseau la presentó como una disertación filosófica; Isadora Duncan como un compendio de su armonía interior, su ritmo, su



Cantar de los Cantares

belleza y su amor físicos; Salvador Dalí como una atormentada imagen de su psicopatía sexual.

Inútilmente trataremos de ahogar nuestras voces; la cristalización se realizará irrevocablemente!

He llegado a una de estas crisis del reposo! Se van formando mis cristales en las aguas de mis recuerdos!

Allá vislumbro, a través de las facetas que surgen, al amor; es el centro, el eje mayor de cada cristal.

Me pregunto si he sido contemplador de la belleza o aprendiz de sabio, pero en mis cristales veo, con certidumbre, que mi vida sólo ha dejado la huella de un solo camino; y es que el arte como la sabiduría conducen al conocimiento del mundo, el mundo que, en cada una de sus manifestaciones, revela a Dios y hace patente la belleza eterna. Y, ya lo sabemos,



quien anda en pos de la belleza, ha de sentir ineludiblemente las pasiones del amor.

¿Pero cómo ha de amarse, si, al parecer, hay tantos modos de concebir esa pasión? Recuerdo que el hidalgo manchego amó con el espíritu; que Vecellio Ticiano, el genio del color, amó locamente con los sentidos, y que Giorgio Barbarelli de Castelfranco, mensajero de la eternidad, pintor del silencio y de la música, de las sombras y de la luz, amó con el espíritu y los sentidos.



“Oh dichosa la Zagala
Que hoy se ha dado a un tal Zagal”,

decía con mística emoción Santa Teresa de Jesús, quien debió recibir muchas de sus inspiraciones amorosas del “Cantar de los Cantares”, porque no hay, fuera de ese lenguaje, otra manera más hermosa de expresar el amor.



¿Mas cómo podrá hallarse esa poderosa esencia que inspira tal pasión que nos arrastra con vehemencia?

John Ruskin hallaba la belleza cuando sentía placer de la contemplación de cualquier objeto material, sin intervención directa ni indirecta de la inteligencia, y decía: "sin que podamos evitarlo, como nos causa placer el perfume de una rosa". ¿Y qué otra idea, que no fuera vana, podría agregarse a esta intuitiva del gran crítico, así para la belleza de las formas o para la comprendida en el espíritu de las ideas? En su "discurso sobre las pasiones del amor", ya había dicho Pascal que esa pasión se desarrolla "a medida que el espíritu se perfecciona", y que se orienta hacia "lo que nos parece bello, sin que jamás se nos haya dicho qué es"; y Santo Tomás, que resumió todo el sentido de la filosofía aristotélica, definía la belleza invocando sólo la intuición, como lo que "agrada a la vista".



De la Moral

"Básta, céde!
Pára, fréna!
Ya está llena
la medida!
Desdichado! Qué sucede?
El conjuro se me olvida!

El conjuro que refrene
tan insólita carrera!
Sin descanso páрте y viene
la que ruín escoba fuera!
Agua y agua trae
no puede cejar.
Y es río que cae,
y es torrente y mar!"

Goethe — ("El aprendiz de Brujo")
(Versión de Otto de Greiff)

“Los principios naturales de la moral son: la creencia en el bien, es decir, en el orden universal, y la creencia en el deber, esto es, en la dignidad humana”.

Gabriel Campayré — (“Curso de Moral”)

“La virtud es una obra de arte, y la sabiduría se asemeja a Fidias; la materia que moldea es el alma humana, y el modelo que imita, Dios”.

A. Fouillée — (“La Filosofía de Platón”)

DESAPARECERA algún día el culto a la belleza? Yo no puedo seguir a Renan cuando afirma que hay un antagonismo irreductible y casi absoluto “entre el mundo de la razón y el afectivo”. Allan Ferguson, notable físico inglés, dice “que el hombre de ciencia es, en el fondo, un artista; tiene todas las intuiciones y la sensibilidad de un artista”; y, para respaldar su pensamiento, trae el grato recuerdo de Federico Augusto Kekulé —el sabio químico alemán que hizo una gloriosa exploración por los arcanos de la estructura atómica— cuando decía: “aprendamos a soñar... quizás entonces hallemos la verdad...”.

Este hombre de ciencia de tipo moderno (que recibió, sin los grandes ideales de la humanidad, el rico legado de toda su cultura; que al margen del palpar de nuestra vida in-



terior solo tiene en cuenta la fría experimentación; que con el solo balance de los génes y de los cromosomas cree haber descubierto el camino futuro del hombre; que ha hecho surgir al *homo máquina* cambiándole al *sapiens*, por calculadoras automáticas, las funciones del cerebro; que construye en serie máquinas gigantes, torres de Babel y campeones de bíceps monstruosos; que ha ideado la inseminación artificial quebrantando el amor; que principia a despojar al corazón de las dulces pasiones y a sustituirlo, en un ensayo que nadie sabe a donde conducirá, por groseras bombas que impulsan el plasma hacia tejidos animales sin alma y cuya vida parece inmortal; que ha dado a los déspotas las armas de la tiranía, y vive en torres de marfil desde donde suele asistir, como a un experimento, al paso de las procesionarias de los pinos creadas por sus métodos, los borregos humanos, las multitudes sin per-



Cantar de los Cantares

sonalidad, que vegetan y viven solo para ofrendar al amo, sin amor y sin piedad, la gestación de cada año, la munición en muchedumbre, la blanca, la amarilla, la negra carne de cañón...), se ríe de la intuición, no quiere soñar... Ha olvidado que el maravilloso mundo gozado por sus vanidosos sentidos es el milagro de una lámpara encendida por el paganismo, un paganismo paradójicamente espiritual que —como lo dice con justicia y acierto el profesor Percy Gardner—, tuvo ocho rasgos que fueron como ocho virtudes: “humanismo, sencillez, equilibrio y medida, naturalismo, idealismo, paciencia, alegría y compañerismo”; es decir: AMOR!

Pero la lámpara principia a apagarse, y como preludio de las sombras, el hombre de hoy, sin luz celestial, ha tomado torpemente el patrimonio de una gran cultura, y en sus manos principian a desencadenarse fuerzas monstruosas...! Qui-



z á este "Aprendiz de Brujo" alcance a oír las voces de su maestro...!

En 1925 Kramer y Holst decían con acento de terror algo que puede ser como la siniestra profecía de un apocalipsis:

"Ya ha sido sugerida la idea de que las catástrofes del universo, representadas en los cielos por la repentina aparición de estrellas muy brillantes, puede ser el resultado de una liberación de energía subatómica, producida quizá por la '*hipersabiduría*' de sus mismos infortunados habitantes".

Aunque esta profecía no se cumpliera, hay una ley biológica definida por Depéret y que parece suspendida, con mayor riesgo que la espada del célebre tirano de Siracusa, sobre el hombre de más allá de los trópicos; ese hombre que ha hecho de la especialización de sus funciones un sistema funesto y antiespiritual, y que mira con soberbia racial el canon de su gigantesca estatura...



Cantar de los Cantares

Depéret, en efecto, ha podido probar, que el mecanismo de la desaparición de las especies está en relación con el aumento gradual de su talla y con la especialización de sus funciones; es decir, ha predicho el fin del superhombre de las zonas templadas, del fin del único culpable de la perturbación actual de la moral. Y entiéndase bien la idea del célebre sabio francés: “estas especies están en vísperas de desaparecer en el preciso momento en que han adquirido el máximo de poderío...”.

*

“El arte frívolo, la moda delirante, son siempre el canto del cisne de toda una era que presiente un fin cercano”, y este signo de los tiempos tan inteligentemente definido por Payró, está presente! Sí, hay una crisis de principios que afecta al orden universal y a la dignidad humana... Conocemos algunos de sus signos:



El amor, sin espíritu, ha perdido su humanismo; podría incluirse dentro del catálogo de las "Costumbres Amorosas de los Animales" escrito por Jean Rostand y otros biólogos.

Del canto a la alegría de Beethoven, que se alza armonioso por las esferas celestes, hemos descendido hasta los ritmos lujuriosos y entorpecedores que van depositándose en las playas de los grandes ríos y de las islas tropicales, y que son como la vieja piel, todavía palpitante, que la naturaleza va abandonando en las mudas de su eterna transformación. A propósito de estas abominables mutaciones de la música, decía Platón esta verdad que podría corroborarse espléndidamente con los hechos de la época presente: "El nuevo estilo va introduciéndose poco a poco y se desliza suavemente en los hábitos y en las costumbres; y luego sigue creciendo y se lanza al ataque de las leyes y de las constituciones con la mayor insolencia hasta



Cantar de los Cantares

terminar causando la ruina del Estado y de los particulares”.

De Praxiteles, Miguel Angel y Rodín, que descubrieron la forma corpórea de Dios, hemos caído hasta la “informe brutalidad” de los Franz Metzler, cuyas esculturas atormentan como pesadillas.

De Fra Angélico, Giorgione y Rafael, nos hemos hundido hasta los inquietantes “ismos”, que solamente podríamos tomar con decencia, como le sirvieron a Lombroso los dibujos escritos por los presidiarios en las paredes de las cárceles, para explorar un clímax de perversidad...

.....

El hombre salta desconcertado entre dos “ismos”, el del espíritu y el de la materia, sin topar el justo medio, su único “ismo” lógico, el humanismo. Podríamos mantenernos con carne de aserrín, pero la humanidad sucumbiría si la



L u i s M a r í a M u r i l l o

sensualidad no se confortara con el espíritu. Pero andan igualmente equivocados quienes nos proponen el régimen absolutamente espiritual, a espaldas de la voluptuosidad. De un lado se da pábulo a la concupiscencia; del otro se hace ancho y desorbitado el horizonte de la locura.



De la Estética

“Te ruego que examines su hermosura y la sometas a prueba; porque la belleza sólo se aparece al que la busca con amor”.

(“El libro de las mil noches y una noche”).

L a belleza —antes que los tallos del caramillo florecieran— era estática como el Partenón, glacial y solemne como las creaciones inmortales de Fidias. Después —impulsada por el soplo de Dios— fue delicadamente dionisiaca, como los torsos praxitelianos; como la Venus ideal de Cirene; o como esa otra de Dresde, la dormida insuperada.

Más hondo el soplo divino, cual perfumada brisa hincha las velas rojas del barco del núbil Dionisos. Así impulsada, la belleza es el canto de la alegría que viaja en el éter; es el espectro solar; es el misterio que convierte en alfombra verde la semilla derramada en el vientre de la tierra; es el púdico connubio de las inflorescencias, castamente protegido por las corolas multicolores; es el estímulo que levanta el hermoso abanico de plumas del pavo real; es el fuego de



las candelillas y los cocuyos, que trazan estelas luminosas en las noches enervantes; es el instinto que une a las bestezuelas humildes; es el celo bajo las aguas, y en el aire, y en la selva... Es el genio que quiebra la rigidez de las líneas clásicas, como en el "Concierto Campestre" de Giorgione; en "Apolo y Diana" de Cranach; en "Las dos Hermanas" de Greuze; en la acrisolada plenitud del amor, lograda, al borde de la muerte, por Roberto Pizano, al plasmar con milagrosa dulzura todas las pasiones de la maternidad. Es la savia que canta en todas las criaturas de Rubens, y palpita, con el universo, en el "Idolo Eterno" de Rodin. Es la línea ondulada que busca todos los puntos del espacio, como ese grupo de sensual arrobamiento del "Extasis de Santa Teresa" de Lorenzo Bernini... O puede ser, también, en la declinación dionisiaca —la demencia—, cuando la orgía de los sentidos ha desmadejado los músculos, y los sátiros



Cantar de los Cantares

y los faunos inútilmente excitan la Naturaleza para hacerla turgente... Así nacieron obras de un lirismo grotesco, como ese retrato liviano y estúpido de "Gabrielle d' Estreés y de la Duquesa de Villars", de la escuela de Fontainebleau.

El arte rigurosamente dionisiaco corresponde, pues, a las distintas etapas del despertar de la belleza plástica; son: el barroco o nacimiento del alma; el churrigueresco o la expresión decorativa; y el rococó o desbordamiento inútil de la ornamentación. Mas si los estilos y todas sus mudanzas son susceptibles de una definición, no es posible, en cambio, hallarles un asiento riguroso, delimitado por los jalones de la historia, porque corresponden al eterno carácter del hombre, y se infiltran, por consecuencia, en todas las épocas.

De igual manera ocurre con ciertos caprichos o modalidades del arte. Así los dadaístas, oníri-



cos y superrealistas de Marc Chagall y de Salvador Dalí, por ejemplo, no son de nuestros tiempos solamente, que Jerónimo Bosch y Bruegel el viejo, entre otros, dejaron obras sobresalientes de estas facturas, como "Las tentaciones de San Antonio" y "El jardín de los placeres terrenales", del primero; y "El triunfo de la muerte" y "La caída de los ángeles rebeldes", del segundo.

Rousseau, el "aduanero", el de las infantiles pinturas, ya había tenido sus precursores, en los siglos XIV y XV, en algunos candorosos miniaturistas, como los que decoraron el "Livre de la Chasse de Gaston Phebus".

Y los Primitivos, en la conquista inicial del arte pictórico, ejecutaron esas maravillas de ingenua y rudimentaria belleza que los "modernistas", en tarea maliciosa e infecunda, pretenden redescubrir ahora, asaltando la fe de esta muchedumbre de la MECANICA, que ha in-



Cantar de los Cantares

tentado matar la única creación del hombre, que ennoblece esa animal peregrinación de la Vida a la Muerte: DIOS!

Decía que los estilos no tienen un asiento riguroso entre los jalones de la historia; sin embargo, considerada la fenomenología de la existencia en general o del arte en particular, debemos reconocer un ritmo cuyas máximas y mínimas están en las abscisas del tiempo. La "Fuente de Tántalo" es una como expresión cruel de esa ley universal.

Hemos de asistir, inexorablemente, a todas sus fases, desde las grandiosamente humildes, como los ciclos de la semilla y del huevo; las que atañen a nuestra vida económica, como las de las alternativas de las "vacas gordas y las vacas flacas"; las que abarcan los trascendentales misterios de la metamorfosis de la materia hacia la energía, que se cumplen, no por un acto continuo, sino a intervalos, como las transmu-



taciones de los insectos y de acuerdo con las inmutables porciones —los “quantos”— descubiertas por el sabio Planck; hasta estas otras que atañen al espíritu —ora hacia la liberación, ora hasta la obnubilación del pensamiento— en un vaivén que el hombre estérilmente pretendería detener o modificar. Son las grandes estaciones de la cultura: el siglo de oro de Pericles, la anarquía feudal del siglo IX, el Renacimiento, y, otra vez, la anarquía feudal... Feudos de la mecánica, cuyas fortalezas están coronadas por las almenas que vomitan el negro humo de la civilización!



Todos los horizontes, por distantes y hermosos que parezcan, resultan siempre una pesada reja. Así me explico cierto proceso hacia la representación simbólica, para someter el paisaje



Cantar de los Cantares

al EGO, que me he topado, siguiendo el curso del pensamiento rebelde de algunos grandes filósofos y artistas:

Dice Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen como existentes; de las que no existen como no existentes". Para este filósofo griego, somos, pues, el manantial del mundo.

"Ante todo —dice Kant— poseemos únicamente sensaciones múltiples, confusas, incoherentes: colores, sabores, olores, etc.: esos son los elementos esparcidos de nuestro conocimiento"... "Únicamente pensamos verdaderamente cuando introducimos un orden en esta multitud de sensaciones"... Para el metódico y tenaz filósofo de Königsberg, el mundo era un fenómeno subjetivo; y la belleza, la representación simbólica de la moralidad.

Eugenio Delacroix, artífice entre los máximos de la pintura, celoso del dibujo y respetuoso de



las formas, que se “fija en el andar de las mujeres, en la rotación de sus caderas, en el temblor de sus pechos y en el brillo mate de su cuello, firme como una columna; y ama los caballos, los árboles y el cielo inmenso, nuboso y crepuscular y la caída de la tarde”..., a pesar de esta espléndida visión, y siguiendo, posiblemente, la emancipadora voz de Kant, dice algo que habría de convertirse más tarde en la piedra angular de la más poderosa conspiración contra lo bello: “La naturaleza es solamente un diccionario; allí se buscan palabras... se encuentran los elementos que integran una frase o un relato; pero nadie ha considerado jamás al diccionario como una composición en el sentido poético de la palabra”.

.....

La revuelta se extiende. Ahora es Picasso, quien abandona su vieja escuela y deja en la orfandad a los hijos de su clásico ingenio. En



Cantar de los Cantares

una carta abierta, como una proclama, se expresa de esta manera: "comprendí que la pintura tenía un valor intrínseco, independiente de la reproducción real del objeto". "Ya que la pintura tiene su belleza propia, se podría crear una belleza abstracta"... "El arte nos ofrece la posibilidad de expresar nuestras concepciones y nuestra inteligencia de lo que la naturaleza nunca da en forma absoluta".

Mas parece que no siempre es el espíritu de liberación, el estímulo que impone las extravagantes variaciones en el arte, a juzgar por ciertas confesiones, como una muy grave de Gino Severini, sobresaliente pintor y crítico de arte, discípulo del creador del cubismo, quien interpreta el pensamiento de su maestro, así: "Picasso, queriendo lograr la poesía en las más altas cimas espirituales, olvida la materia, olvida el arte, y se ve después constreñido a expresarse por medio de signos y de símbolos, que no son



obras en el verdadero sentido de la palabra, sino alusiones, indicaciones, sugerencias de obras que él acaso podría realizar, pero que no puede apearse a fabricar"... De manera que esa obra picassiana que ha cruzado continentes y mares, causando resentimientos ciertos y mentirosos entusiasmos, apenas tiene el valor de esas modestas libretas de apuntes en que suelen aprisionar sus impresiones y emociones los artistas. Si el maestro Pablo Ruiz Picasso se "apeara", ganaría el mundo una maravillosa obra para placer de los sentidos y del espíritu.

Para completar esta breve exposición del proceso fraguado contra la interpretación clásica del arte, traigo, finalmente, el pensamiento del escolástico señor Jacques Maritain, quien escribe: "El arte es ante todo de orden intelectual; su acción consiste en imprimir una idea en una materia: por consiguiente, es en la inteligencia del artífice donde reside, o, como suele decirse,



donde se encuentra subjetivada". "Proponerse por fin la perfección de la imitación materialmente tomada, sería, por consiguiente, ordenarse a lo que es puramente material en la obra de arte, e imitar servilmente".

Las ideas del gran filósofo serían respetables, si no hubiera desviado su juicio para apuntalar sus convicciones sobre el arte y lo moral; así afirma que es idólatra el artista que busca la belleza como fin de su obra, y, como una tremenda prevención, vierte la voz de Santo Tomás: "el que se halla privado de delectaciones espirituales, pasará a las carnales". Es evidente, pues, que Maritain trata de subordinar el concepto del "desnudo en el arte" a un problema moral que aún inquieta, injustificadamente, a ciertos espíritus iconoclastas bizantinos.

Si Leonardo de Vinci hubiera intelectualizado su arte y pintado con símbolos, Savonarola, el monje fanático, no hubiera quemado, en un



auto de fe, la expresión más pura de la voluptuosidad, que hayan podido contemplar los ojos asombrados de los adoradores de la eterna belleza: "Leda y el Cisne".

¿Pero, podríamos sorprendernos de esta filosofía, ahora cuando, traspasándose los linderos de lo absurdo, se han creado ciertas escuelas que predicán el desaparecimiento de la mujer, el surgimiento del superhombre andrógino e inmortal y la multiplicación de la raza al margen del AMOR?

.....

Tampoco esta teoría de la expresión simbólica es una invención de nuestros tiempos. Sobre los muros y los papiros de las antiguas civilizaciones egipcias, la "palabra de Dios" inventada por Thot, y que en un principio recogía la imagen de cada una de las cosas de la naturaleza, representó más tarde ideas y, por último, el pensamiento egipcio. La evolución de estos je-



Cantar de los Cantares

roglifos nos demuestra que no es esta época la única en que el artista ha pretendido transformar sus obras en un sistema dialéctico, y que las pretensiones actuales en este sentido son tan disparatadas, como lo sería nuestro retorno al período neolítico, para elevar dólmenes a nuestros recuerdos.

Teóricamente se podrían seguir todas las más extravagantes ideas sobre el concepto del arte; inocuamente, pues en cuanto surge el paisaje en el campo de las emociones, Protágoras, Kant, Delacroix, Picasso, Maritain y nosotros, quedamos encadenados por la fuerza de lo bello, en un raptó de éxtasis de toda nuestra personalidad, sencillamente, como la rosa fragante se apoderaba del alma de Ruskin.

En ese instante los sentidos tratan de aprisionar el color, la línea, el volumen, la fragancia, la sensación del tacto, el espasmo... Y el espíritu enciende el fuego que mantiene vivo el recuerdo.



Los momentos estelares del paisaje huyen tan fugazmente, aún para los sentidos adiestrados del artista, que para fijarlos mejor en la retina, se busca, a veces inútilmente, como una suerte de síntesis que nos sea familiar.

Quizá animado por el mismo pensamiento, Ignacio de Beryer nos recuerda, en su apología de Zuloaga, esta idea tomada de las memorias de Benvenuto Cellini, uno de los más elevados ejemplos de fidelidad a las pasiones: "Lo más importante en el arte del dibujo, es representar con acierto al hombre y a la mujer desnudos".

Esta verdad del genial cincelador y escultor florentino se relleva cuando, por gracia raras veces concedida, brota ante nosotros todo el paisaje del universo, compendiado, como por un milagro de las encantadas noches del Rey Schahriar, en una dulce hurí castamente desnuda, que lleva en su seno el secreto de nuestra estirpe y el misterio trascendental de la creación!



Cantar de los Cantares

La mujer, como el paisaje, es el escenario de la existencia. Ante su sencilla grandiosidad no cabe la dialéctica... Los sentidos y el alma del hombre libre de aberraciones, se levantan como antenas para captar la belleza conmovedora y espléndida. Es la atmósfera con todas sus solemnes variaciones; la luz con todas sus policromías; las formas maravillosas con su tibio palpitir y su húmeda voluptuosidad; y el espíritu, el espíritu del dios Pan, sin el cual la naturaleza sería terrible, como una bella criatura asesinada! Es un espectáculo imponente, variable, fugaz y sin retorno; pleno de agonías y de floraciones. Por esta causa el hombre, en su lucha contra la muerte, ha tendido el arte, como un puente, hacia la inmortalidad...



DAFNIS Y CLOE

(Pastoral)

Estancia Primera

Mitilene era el paisaje de Dafnis, y Cloe su síntesis adorable.

(Aclaración del Autor).

“¡Tierra, madre fecunda,
Soy de tu seno parte!”

Luis María Mora — (“Terra Mater”).

“Dafnis y Cloe son niños puros e inocentes
entre los juegos que no turban su espíritu”.

Carmen de Burgos

(“Pórtico” de “Dafnis y Cloe”).

MITILENE

UN río y dos mares rondan a Mitilene, la isla en donde todo es dionisiaco. Dionisiaco el trópico de estaciones encadenadas: la primavera, contra el valle siempre florido; el estío, agarrado a las tórridas hondonadas nemorosas; el otoño, con las raíces hundidas en las laderas ásperas; y el invierno, que cabalga sobre las cumbres que se vistieron de armiño para entrar al cielo. Dionisiacos el negro humus, la maraña, las rocas, los vientos, el diluvio torrencial, la fauna, la flora, el hombre... Todo esto que tiene forma y espíritu de mocedad; todo esto que se prepara como una cuna para el renacimiento del hombre humanizado!

Mitilene, eterno concierto! Sinfonía en azul,



sinfonía en verde, sinfonía en gris... He auscultado profundamente tu ritmo:

Muchas veces *maestoso*:

Canción del espíritu, que se eleva de la cumbre llana, fresca y voluptuosa, coronada por una guirnalda de cerros. Cumbre muchas veces gris y agobiada por nimbus... Cumbre amplia para el huracán y para la tempestad; para la escritura serpenteante y deslumbradora de los relámpagos y para el eco imponente de los truenos... Soberbio coliseo para el fuego de los crepúsculos o para las aguas que se desbordan dramáticamente en mil espejos, y bajo los arcos iris... Cumbre sobre la cual agita —en los días radiantes— sus alas luminosas, una inconmensurable *Morpho coelestis*... Cumbre de dilatada sabana, canción del espíritu, estímulo del pensamiento!

Siempre en *crescendo*:

Contradictoria canción de la vida, que se lanza por las vertientes como un bandolero, despo-



Cantar de los Cantares

jando las colinas altivas, que deja expuestas al sol canicular, fragmentadas sus carnes en asperones rojos calcinados; canción de la vida que puebla la selva y hace ubérrimo al valle. Canción de la vida, arcano genio del trópico...!

Finalmente *adagio*:

Remembranzas igual que despojos, y dudas y perspectivas que se extienden desde la playa movediza y por el mar... En este vértice de la vida y la muerte los años no tienen dimensión; importan por igual siglos o segundos y la realidad carece de extensión como los sueños. *Adagio*, canción pausada de recuerdos, incertidumbre y esperanzas...



ALBORADA

DAFNIS y Cloe no fueron una creación de Longo; éstas criaturas han existido, existirán siempre, son inmortales como su encantadora Mitilene. Perpetuamente significarán el renacimiento del paganismo a través de todas las civilizaciones. En cualquier rincón del mundo, a pesar del humo de las chimeneas, o de las vibraciones de las ondas eléctricas, o del sordo zumbir de las hélices, o de la liberación de las fuerzas atómicas, o de la captación de todas las radiaciones del universo, habrá una isla en donde viva el amor; canten desnudas, entre las grutas de piedra, las ninfas; se ofrezca miel y leche al dios Pan, y éste llene de melodías el ambiente con su caramillo encantado.

Aquí, en esta tierra que mis ojos contemplan



apasionadamente, está la eterna Mitilene, y soy yo como la sombra de una pareja de amor que se fue...



No recuerdo exactamente cuando llegó Dafnis; fue un poco antes que Cloe. Lo recibió con caricias, en su regazo, una campesina bien amada. Su marido, un sentimental y noble agricultor con alma de poeta, había coronado muchas veces de ricas mieses las rojas lomas de su estancia.

El primer gesto del muchacho fue un grito largo, doloroso y profundo; había entregado la virginidad de sus ojos y de su pecho a dos amigos que habrían de enseñarle todos los perfiles de las formas y toda la escala del arco iris; toda la orquestación del sonido con toda la armoniosa gama de sus voces...

Luego que fue dueño de sus piernas, salía con



Cantar de los Cantares

el alba en busca de sus amigos —la luz y la brisa mañanera—. Cuando el sueño le retenía en el lecho, eran ellos los que iban en pos suya y le golpeaban en su ventana. Subían juntos, abrazados, hasta los picachos guarnecidos de piñuelas de ásperas púas que arañaban la piel de Dafnis. El muchacho solía meterse entre los matorrales para jugarles gambetas; en vano el sol pretendía agarrarlo tras la sombra de los arbustos; la brisa, en cambio, se le encaramaba a cada momento, le restregaba los cabellos y se le metía por entre las aberturas de la camisa para besarle juguetonamente la carne tibia.

Le causaban arrobamiento todas las pequeñeces de la naturaleza, como los líquenes circulares y rojizos, los insectos, los lagartos verdes que huían por las ramas, o los collarejos que se perdían siempre entre las grietas de las piedras, los chirlobirlos de buche amarillo o los copetones de canto noble y sonoro...



Odiaba las entretenções de las personas mayores, que miraban con indiferencia sus menudos amores, y huía con frecuencia de sus ejercicios de escritura, para tratar de copiar a pinceles las variadas flores del monte, o para modelar en arcilla los animalejos que atrapaba. Tenía una inclinación natural por la sencilla belleza.

Una vez lo vi correr con ansiedad por los atajos, sin ocuparse de las flores ni de los pájaros. A sus oídos había llegado la noticia de que una garza de blancura inmaculada, procedente de un encantado país azul, había enriquecido el seno de una hermosa campesina —cuyo marido era dueño de la estancia vecina a la de sus padres—, con una criatura tan bella como jamás miraran otra más hermosa los habitantes de Mitilene; la llamaban Cloe.

Dafnis apenas pudo ese día contemplar una cabecita blanca y rubia y unas manecitas de



marfil, de uñas rosadas, que estrujaban golosamente el pecho materno.

Antes había conocido otro cuadro semejante: se trataba de los pequeñuelos de Diana, la perra guardiana de su casa; tenían grandes orejas y ojos azulencos. Mientras exprimían la ubre, el niño había hundido sus manos entre el pelaje caliente, castaño y brillante de los perritos, y los había contemplado, lleno el corazón de misteriosas dulzuras.



Semanas y meses pasaron. La madre de Cloe bajaba con la niña, en las mañanas de buen sol, hasta el pozo mejor soleado de las aguas que dividían las dos estancias. Eran las de un arroyuelo cristalino, bordeado a trechos de arenosa playa, lustrosas piedras redondas y arbustos y hierbas siempre floridos.



Alguna vez, mientras las pompas de jabón seguían la corriente y Dafnis subía por la playa removiendo piedras y ramas en busca de insectos y lagartos, los dos niños se encontraron. Dafnis miró con embeleso y cierta sorpresa el desnudo hermoso cuerpecito de Cloe bañado por el sol —que retozaba con el agua y lanzaba sus risas como un concierto de alegre ternura en la plácida mañana—, e ingenuamente, creyendo que contemplaba un ángel, le preguntó a la madre por qué le habían arrancado las alas... Rió la mujer de tan sublime y candorosa ocurrencia, y, sacando a Cloe del charco para enjuagarla con una toalla calentada al sol, mientras la besaba en las espaldas, en los justos puntos en que hubieran podido existir los órganos que echaba de menos el muchacho, le respondió con una carcajada acogedora y alegre: —Para que no se te vaya nunca, pues que la guardo para tí...



Estancia Segunda

“Si escuchaban cantar a los pájaros, cantaban ellos; si veían brincar a los corderos, brincaban gallardamente; imitando a las abejas, cogían las flores para colocarlas sobre su seno o para tejer guirnaldas a las Ninfas”.

Longo — (“Dafnis y Cloe”).

“Pueblos todos, batid las manos; aclamad a Dios con voz de júbilo”.

(“Libro de los Salmos, Salmo 47”).

PRELUDIO

Todo el patrimonio de Dafnis y Cloe se reducía a las dos estancias de rojizas lomas donde apacentaban sus ganados, y el maíz y el trigo ofrecían a las brisas de diciembre sus dorados frutos; lomas entornadas como un regazo para el riachuelo cristalino, y quebradas graciosamente para retozo de las ninfas. Nada más era suyo en Mitilene... Pero qué importaba?

El paisaje, el opulento paisaje, no cabía ni en los zocos ni en las pupilas de los mercaderes, y se derbordaba, con todos sus tesoros, para llegar hasta los sentidos sanos y golosos de la pastoral pareja.

*



Unas veces era el mar con sus paradisíacas costas bordeadas de gentiles palmeras y su grandiosa y policromada llanura, el motivo de su embeleso. Así entregaban sus cuerpos a las olas tumultuosas y acariciadoras, de las cuales brotaban prontamente, en la resaca, como un parto gemelo.

La sal y el yodo marinos eran dulces sobre la piel de los zagales, que las arenas de la playa estimulaban, y el sol cubría de oro viejo.

Cogidos, estrecha, dulcemente de las manos, que sabían comunicar todas las emociones, los muchachos buscaban las cavernas de aguas claras de la orilla, pobladas de algas multicolores, para atisbar, con curiosidad preñada de terror, los brazos rampantes, armados de ventosas, de los escalofriantes pulpos; se recreaban con los airoso movimientos de las transparentes u opalinas medusas de insuperable simetría, o con el deslumbrante derroche de las serpentinas for-



Cantar de los Cantares

madas por el paso vertiginoso de muchedumbres de pececillos, de formas extrañas como la imaginación de un poeta loco, y de todos los tonos y las irisaciones, como las gemas de los palacios de Aladino.

Recogían por la playa los artísticos caparazones de los erizos, de las estrellas de mar y las conchas de más bizarros coloridos y formas... Luego, cansados de caminar, se sentaban a contemplar largamente las velas blancas de los pescadores, el vuelo pesado y monótono de los pelícanos o el ligero y elegante de las negras tijeretas y de las cenicientas gaviotas, que se dejaban caer en picada, contra las blancas y espumantes crestas de fondo verde-azul, cargadas de peces o de rubias langostas. O, soñando, dejaban que su vista, cabalgando sobre el rítmico vaivén de las olas, que entonaban su eterno canto gregoriano, se fuera hasta el infinito. Dafnis conservaba en sus pupilas la imagen de Cloe; en



L u i s M a r í a M u r i l l o

los ojos de la muchacha estaba impreso, siempre, el cielo!



BARCAROLA

ERAN fiestas para sus sentidos, las ninfas del valle, hechizantes y lujuriosas:

El río profundo, ancho, lento, turbio, rico de todos los principios del protoplasma, se deslizaba voluptuosamente, mordiendo la tierra, acariciándola con sabiduría y derramándose en ciénagas donde germinaban las espigas flotantes de los arrozales, sobre cuya fresca y delicada verdura, y montados sobre palenques, vigilaban la cosecha jóvenes guardianes tallados en el corazón del ébano, orgullosos de su desnudez. Eran bellos negritos que atemorizaban con sus gritos intermitentes a las chisgas canoras, que recaudaban, por la fuerza, el impuesto de sus conciertos.

*



Mientras en las manos del boga los canaletes adquirían el compás de los remos del cisne, el cayuco avanzaba surcando el cristal, rasgando las imágenes de los narcisistas bosques de la orilla y de los claros y líricos guaduales, o poniendo a danzar los reflejos del sol.

Sentados, uno tras otro, en la estrecha embarcación, Cloe y Dafnis eran príncipes magníficos, encantados viajeros ante quienes se abrían todos los arcones viejos cargados de las maravillas de la naturaleza.

—¿Quieres diamantes?, —exclamaba Dafnis, recogiendo el agua en los huecos de sus palmas y lanzándola con fuerza, en parábolas que tornaban al río en una lluvia fina y chispeante—.

Cloe se volvía para mirarlo acariciadoramente, y le decía, ante la boba sorpresa del boga: —Ah! mira, también yo he descubierto la mina...! Y los dos, balanceándose, sumergían sus manos y sus brazos hasta empaparse las cortas mangas



Cantar de los Cantares

de sus camisas, y luégo agitaban, al aire, los dedos, que disparaban brillantes que resplandecían al sol y salpicaban sus rostros.

Cloe reía dulce, inefablemente, como un niño. Era como una caja de música; sencilla como un organillo que desgranara un concierto de canciones de cuna. Todas las cosas de la naturaleza la colmaban de ternura y quería que de todas sus emociones fuese partícipe su amigo.

—Mira, ya vuelve sobre nosotros la bandada de patos —gritaba de pronto, columpiando sus brazos de clara y escultural seducción, e imitando con las manos, de perfiles clásicos, el vuelo de las palomas—; y echaba la dorada cabeza hacia atrás, para contemplarlos, hasta volcar su cabellera de oro, turbadora y ligera como los más finos crespones de la China, sobre las rodillas del zagal, que perdía la visión de los palmípedos, para devorarse el rostro adorable que se le ofrendaba, teñido por suave lumbre, como



las perlas de los mares índicos, y con la roja inflorescencia de su boca siempre dulce, fresca y húmeda... Y las bandadas de patos, y las de los loros y de los pericos bulliciosos y parleros, cruzaban y volvían a cruzar mil veces el cielo, sobre sus cabezas...

Cuando navegaban por entre la maleza acuática y los arrozales de las ciénagas, el cayuco era conducido por una larga palanca que afirmaba el boga contra los promontorios firmes de los canales, caminando de la proa a la popa, recargado sobre la vara, que alzaba para volver a iniciar el mismo movimiento, en una rotación interminable... A su paso huían las garzas para unirse a otros grupos lejanos; eran masas blancas que se agrandaban o se disolvían como nubecillas, quizá como *cirrus* cautivos...

También les era grato el correr a caballo tras las ninfas: más a galope que a trote, aspirando el aire puro que luego escanciaban en risas de



cristales vírgenes; siguiendo el curso de algún río y hacia su cabecera; franqueando quebradas, pantanos, puentes y bohíos; haciendo reverencias ante los árboles encorvados sobre el camino; quitando la sed con el agua de los frescos manantiales, recogida entre la valva de las manos unidas; persiguiendo las grandes mariposas de cambiantes colores; robando a los viejos troncos sus orquídeas; descansando en los caneyes acogedores, perfumados con los frutos de las vendimias y el aguardiente aromático de los alambiques furtivos; acariciando traviesamente todas las criaturas que topaban, como si volaran con las alas de alguna brisa retozona; y, conducidos por los baquianos, que sabían cruzar las aguas explayadas y profundas, las vadeaban entregándose al instinto de los nobles cuadrúpedos, que se hundían hasta el pecho, tocando el piso firme del fondo, o dejando afuera solamente la alzada cabeza, cuando se echaban



a nado, atravesando diagonalmente la corriente y sorteando los remolinos y los rápidos caudales.

Al medio de las aguas ambarinas y traidoramente mansas, de alejadas riberas, los muchachos sentían su alma presa de un inevitable encantamiento. Les parecía que la linfa los abrazaba con engañosas ternezas, y que la dualidad de jinetes y corceles había desaparecido para convertirse en una idílica pareja de centauros escoltada por Flora y Gea, y que remontaban la pendiente por un camino ancho, de líquido turbio y tenebroso cristal, confusos, como extraviados de algún cortejo presidido por Dionisos...



ALLEGRO

SOLIAN acompañar a las alegres cuadrillas de labradores que, armadas de cestos y de varas como lanzas, en revuelto y regocijado grupo de blancos y negros, de niños y de viejos, se dirigían a los cacaotales en la época de cogienda. Dafnis y Cloe también preparaban sus lanzas —igual que las otras, con una fina horqueta en la extremidad—, y se unían, con alborozo, a la tropa tan extrañamente armada, como para sostener una justa con fantasmas...

Con sus elevados cámbulos y cañafístulos de sombrío; con sus largas filas de árboles de bellas frondas penumbrosas, que formaban dilatadas naves de ojivas quiméricas y fabulosos vitrales titilantes por donde se filtraba el firmamen-



to; con sus hojas de todos los matices, abigarradas y brillantes como esmaltados azulejos; y el follaje seco extendido por el suelo como una blanda alfombra, el cacaotal parecía un grandioso templo mudéjar, de raíces profundamente góticas...

Bajo las arcadas, por entre penetrante humedad y frescura enervante, los cosecheros avanzaban alegres, como una larga procesión de cantos y de júbilo. El sudor inundaba los cuerpos, lubricaba y hacía flexibles los miembros y tensos los músculos.

Eran arrancadas directamente las mazorcas, cuando estaban al alcance de la mano; las que colgaban de las ojivas, las levantaban cuidadosamente con las varas, deslizando las horquetas hasta acomodar los pezones en el medio, y luego, con un impulso hacia arriba, las desgajaban. Así se iban llenando los cestos de simétricas mazorcas semejantes a copas selladas, negras



Cantar de los Cantares

unas, rojas otras, doradas las más soberbias, y henchidas todas del manjar sabroso de los dioses. . .

Los labriegos, viejos y niños, querían a Cloe y la seguían con sus miradas colmadas de simpatía: regocijadamente, cuando la veían luchar contra las hormigas que se le trepaban por las piernas o se colaban a su seno por entre las coquetonas mangas de su traje blanco; con admiración, cuando mostraba su habilidad en la selección de las mazorcas o el tino para hacerlas venir de lo más empinado y directamente a su cesta; con dulzura y gratitud, cuando, absolutamente dichosa, arrancaba con los dientes el perfumado mucílago de las almendras, y pagaba con el dulce mirar de sus ojos la recién abierta y almibarada mazorca que le habían obsequiado; o, con idolatría, cuando arrullaba, meciéndolo entre sus brazos, al negrito llorón de alguna cosechera!



FANTASIA

CUANDO el airecillo travieso desataba y rasgaba los velos arrebolados del bello amanecer, y venía juguetón y bullicioso hasta Dafnis y Cloc, para tirar de sus ropas, despeinar sus cabezas, o morder mimosamente sus carnes, era porque les traía la invitación de la montaña. ¡Qué luminosa y llena de maravillas era entonces la montaña!

Brillantes los cristales de cuarzo de los riscos desnudos y de los caminos pendientes y escalonados; melodioso y enigmático el canto de las aves salvajes; grave el redoble interminable de los pájaros carpinteros, de ennegrecido plumaje y cabeza encarnada como un incendio; hechizados dragoncillos las iguanas; magia de un alquimista el tornasolado mudar de los camaleones;



fragmentos de rayos de sol estrellados contra las rocas y el monte, las mariposas, todos los insectos y las flores. También los viejos árboles negros de humedad y cubiertos de lama parecían seres extraños; quizá, así con sus tallos encorvados, revestidos de hermosas orquídeas, fueran tomados por ancianos sacerdotes en un templo de vestales.

Fuera del camino, más allá de las plácidas laderas, se levantaba la selva impenetrable, misteriosa, con sus puertas selladas. Los dos rapazuelos se detenían con respeto ante el abismo verde, mientras sus corazones franqueaban los senderos del ensueño, hasta las entrañas de una selva de imágenes de la niñez, poblada de jardines de belleza exótica, para toparse con las hadas que saben bordar con los hilos del espectro, y cosen trajes monísimos, con faldas llenas de volantes y airoosas grupas, para las niñas buenas y lindas; o para encargar a los enanitos de



Cantar de los Cantares

los siete diferentes colores, un maravilloso tálamo de pétalos; o, para oír, con cierto veleidoso masoquismo, de lo más profundo de la espesura, la voz fementida del lobo...

Viajando entre estos dos mundos absolutamente reales e igualmente bellos, el físico y el onírico, los sorprendía el tiempo presuroso que corría a todo galope, cuando no frustraba sus excursiones, por ejemplo, alguna glauca serpiente voladora que se balanceaba en alguna rama, sobre su camino.



ANDANTE

DESCENDIAN de la montaña buscando la sombra de los pomarrosos, de los naranjos, de los mangales...; continuaban por las avenidas de matarratón, bajo sus arcos de primaveral verdura y de los racimos lilas de sus flores jubilosas; dejaban que su mirada vagara largamente por las dehesas soleadas, y se divertían con la consagrada ocupación de los jirigüelos que espulgaban la vacada perezosa; cruzaban los tabacales encantados de sus inflorescencias surgidas como una fantasía de coros rosados de clarines; cuidándose las piernas de los arañazos, terciaban por algún piñal, cuyos frutos protegidos por las lanzas verdes de las hojas, eran para los zagales, ricos dorados tesoros escondidos en esféricos, tallados joyeros de granate... Siguien-



do así por las labranzas, topaban, también, con los algodones, cuyos blancos capullos daban la nota triste... Ciertamente hay algo en esos lagos pálidos, que se muere y se amortaja...

Cuando el cansancio terminaba por abatirlos, se iban al caney cercano, se desmadejaban sobre los chinchorros, y, para refrescarse, bebían con profunda sensualidad el jugo ambarino de las naranjas o el oro líquido de los mangos...

Las polistes refrigeraban sus avisperos pendientes de los aleros de los caneyes. Sobre el cielo ascendían las palmeras —como elevadas columnas de mil bloques, de capiteles dactiliformes, semejantes a los de un antiguo templo egipcio—, para columpio de las nubes y del viento... Los guandayes y los cámbulos también se trepaban a las nubes para estallar en penachos de irisadas inflorescencias; era una fiesta de luz: en el cielo se había cuajado todo el milagro, todo el embrujo de unos fuegos artificiales inverosímiles...



NOCTURNO

LAS noches llegaban como fantasías de concierto:

Ora negras en la comba de terciopelo; ora negras en la llanura, bajo las estrellas; o desbordantes de luz plateada, para las danzas macabras, para el vuelo de las brujas, para las túnicas de las hadas, para las caricias, para el amor y para dialogar con el espíritu...

Las brisas y el murmullo, eran del río; la fragancia, de la flora; las escalonadas voces agudas de platillos y tambores, de las chicharras; el croac imponente, de los sapos; el tan-tan mezclado con la voz monótona de una flauta, eran del bongó y del cañamillo de una cumbia, danza negra, guirnalda viviente de pasiones y de



fuegos que iluminaba y fundía, en un sola aspiración, la negrería. . .

Cloe y Dafnis, unidos en esa naturaleza sola e idéntica supuesta por Empédocles, se sumergían en dulces pero no menos inquietantes interrogantes relacionados con su mutua, feliz e irrevocable inclinación.

—Sábese? —exclamaba, de pronto, el mancebo—: —Soy como Anteo, el hijo de la Tierra y Neptuno, por la renovación de mis fuerzas, aunque no por las pasiones monstruosas que debía aquel violento gigante a su doble origen sensual: la voluptuosidad de la tierra y la del mar!; y proseguía:

—Cuando duermo en el regazo desnudo de la tierra; cuando mis ojos contemplan la belleza sin límites del paisaje; cuando me embriagan tus encantos; cuando te acaricio; renacen con fuerza mis afectos, se relieván mis virtudes, se aquilata mi razón y me siento bueno! Soy



Cantar de los Cantares

de tierra, pero, a diferencia de Anteo, también soy de espíritu!

Sobre el alma purísima y profundamente femenina de Cloc, las palabras y las caricias de su amante, trazaban rizadas estelas luminosas.

.....

El tan-tan del bongó y el canto del cañamillo recorrían, como serenos celosos, todos los caminos azules y plateados de la noche...



MAESTOSO

ASENTABASE en la más hermosa cumbre el corazón de Mitilene. Era ese país del viento, sabana guardada por una ronda de colinas azules, vigiladas, al occidente, por un titán radiante de nieve; era esa sabana herida en las noches claras por los dardos helados de las estrellas; era esa tierra amable, fecunda para el espíritu...

De allí hasta los lejanos límites de los mares, todo era Mitilene y maravilloso; pero Dafnis y Cloe habían preferido este nido de águilas, y entre los pliegues de una de sus colinas, ennoblecida por el mosaico policromado de las labranzas, tenían su casa y su estancia, con su riachuelo de aguas cristalinas y su gruta de las ninfas.

Mas sobre esta cumbre se cernía, en los más

días del año, una sombra plomiza, triste, que humedecía y helaba los cuerpos. Aciago suplicio que se compensaba, cada mañana, con la representación maravillosa del nacimiento del mundo, de esta manera:

Las alboradas mostraban la sabana, como dice el Génesis: "desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo"; pero Dios veía "que la luz era buena", y entre la pesada, oscura, impenetrable nebulosa, la hacía surgir, como un fulgor suave y opalescente al principio; como fuego deslumbrador después. Los divinos pinceles del Creador hacían brotar a su impulso, lentamente, primero como un esbozo, luego con marcada realidad, la naturaleza. Sobre el lienzo de niebla, como obra de sortilegio, como milagro de Dios, la tierra iba surgiendo de la nada, con la línea de los cerros; las sombras fantásticas de los eucaliptos; los perfiles de las aldeas con sus torrecitas blancas; las cercas



Cantar de los Cantares

de alambre extendidas sobre los campos verdes, como pentagramas; el humillo juguetero de los hogares y de las quemas campesinas; las vacadas con su aliento incitante y graciosos matices cambiantes sobre la ancha esmeralda de las dehesas; las sinecias de los cerros divorciadas por las vertientes; los aislados grupillos de fucsias con sus campanarios de carmín y de marfil; los airoso rosetones de las amarilidáceas con sus candelabros; los barrancales estériles y desolados, implorantes con los brazos de sus tunos; de palmas engarzadas en desesperadas series ascendentes, crispadas de púas y sangrantes de frutos; las marejadas de crucíferas, de dulces llanuras amatistas o de topacio; las lagunas protegidas por las lanzas de los juncos; los patos que en grandes conjuntos dibujan celajes; los sauces, que vuelcan las serpentinas de sus frondas, sobre los cristales móviles...

Y este eterno teatro del Génesis finalizaba

con un derroche de luz, del cual salían las aves canoras, los rutilantes insectos, el cielo azul, las nubecillas blancas, la alegría del hombre.

Después, las nubecillas tornábanse gregarias, se aborregaban, se convertían en gigantescos nimbus y, principiando por los cerros, entre las tinieblas volvía a consumirse la naturaleza. El diluvio llenaba la sabana de espejos, y la luz, impotente para mirarse en ellos, los quebraba, tremolando el relámpago...

Pero cuando la espaciosa *Morpho coelestis* llegaba por el mes de diciembre, Dafnis y Cloe sabían que era para desplegar sus alas con munificencia, en un concierto azul de días y de noches refulgentes: arias del sol, coral para las estrellas, arias plateadas de la luna...

El señor Sol y la joven Brisa —los amigos de los zagales—, se empinaban sobre los picachos, los caballetes de los cerros y sobre las frondas, para llamarlos. El sol alfombraba de oro los ca-



Cantar de los Cantares

minos del monte, y la brisa hinchaba de melodías los diapasones de los matorrales. La pastoral pareja, atenta a sus llamadas, se iba con sus amigos, por los caminos de la naturaleza, discutiendo eternamente sobre el amor y el espíritu de las cosas, o inquiriéndolas.

Las preguntas que se le ocurrían a Cloe, no por infantil frivolidad, sino por su bondad y honda intuición filosófica, eran como éstas, de ingenua frescura, que inflamaban de amor el corazón del muchacho:

—¿Le dolerá a esta hierba que yo le arranque sus florecitas?

—¿Dónde tendrán el corazón los ríos, que se van sin jamás volver?

—¿Por qué no podemos vivir como los pajaritos?

—¿Por qué nos mirarán en la noche, con tanta insistencia, las estrellas...?



Todas las obras de esta purísima zagala tenían el sello de la infinita piedad. Sólo sentía una gran pasión: sus amores! Sólo una gran pena la acongojaba a veces: que el genio del mal pudiera existir sobre una tierra que Dios había hecho tan maravillosa y tan buena.

Lentamente se alejaban de la casa solariega—de techo pajizo y paredes encaladas, donde se reclinaban los rosales, la cananga y los durazneros floridos, y que guardaban de los fuertes vientos de agosto, las cortinas alzadas de los cerezos, los eucaliptos y los piramidales arbolocos—, porque allí quedaban, sin guardián, sus tesoros derramados en surcos de luz: eran las violetas, los crisantemos, los claveles, los geranios, los girasoles, los lirios, las margaritas... Pero al fin dejaban atrás la casa y los mosaicos en sazón de sus labranzas.

Con fresca e infantil alegría continuaban por las faldas contiguas, iluminadas por las exten-



Cantar de los Cantares

sas sinecias de margaritones; por las albas y purpúreas muchedumbres floridas de los digitales; por las verdes y amarillas hipericáceas. Subían por las lomas perfumadas por la ruda y el poleo y enriquecidas por el fruto humilde pero deliciosamente campesino de los uchubos, de los llorones, de las esmeraldas, de los mortinños, de las moras, de los uvos camarones... Caminaban por entre los chaparrales del monte, poblados de sílfides, de susurros y del canto sonoro de las mirlas y de los copetones, y de los toches y los turpiales fugitivos...

Cuando llegaban a la pendiente abrupta, la trepaban, agarrándose de los helechos; tirando del plumaje arrogante de los pajonales; hundiendo las manos entre el húmedo musgo; quebrando los tallos de las orquídeas; doblándolos, para abrirse paso, los mástiles de los chuscales; o haciendo crujir, por los senderos encabritados, los guijarros y las arenas.



Al llegar a la cumbre topaban con algo querido y familiar: las embrujadoras, enhiestas abadías de los frailejones, rodeadas de otras sinecias aliadas que, con sus inflorescencias doradas, casi pegadas a la tierra, parecían los patios de sol de los misteriosos monasterios...

Para comer y descansar un poco, buscaban algún refugio que fuera como una atalaya sobre la peña, lo hacían mullido con las tibias hojas, suaves y pubescentes de los frailejones, se desembarazaban de los morrales que cargaban a la espalda, y se sentaban a compartir cuanto en ellos traían: queso agrio y fresco; boillos de mazorca, blancos, dulces y tiernos; curubas indias; negras moras, tan artísticamente engendradas, que más parecían gemas de oriental tesoro que cosa de comer; y, por último, la leche que ellos mismos habían ordeñado antes de salir.

Mientras devoraban tan frugal comida, se embebían en las perfecciones de esa flora dimi-



Cantar de los Cantares

nuta del páramo, que viste los peñascos con tanta gracia, o sus miradas volaban, extasiadas, sobre aquella adorable llanura pintoresca, coronada por una guirnalda de montañas azules, que había ascendido hasta el dominio de las nubes para besar al cielo; y sentían, en lo íntimo de su corazón, que jamás país alguno sería mayormente amado que Mitilene.

Se adormecían a veces con estos pensamientos, o, con los ojos abiertos, se iban por los senderos de la quimera, del ensueño y de la fantasía; entonces solían seguir las nubecillas que traviesamente apelotonaba o disgregaba el viento, con tanto apego, que se imaginaban ser, ellos mismos, los pastores de los rebaños del firmamento...

Por los boquerones, que cercaban la extensión del cielo resplandeciente de azul cobalto y los resplandores del crepúsculo, salían, en manadas, las ovejas sin esquile, con sus ricos ve-

llones de blancas nubes. Dafnis cuidaba los rebaños y sus ojos recorrían la llanura celeste, mientras Cloe dormía. Cuando ensombrecían esta placidez los lobos que llegaban en forma de negros nubarrones, el muchacho despertaba a la pastora con sonoros besos en los ojos y la boca, y le decía: —Al aprisco, amor, que vienen los lobos!

La vuelta del cerro era alegre como la subida, pero más ligera —a pesar de las muchas demoras causadas por la recolección a que se dedicaban, de musgos, helechos, orquídeas, y de cuantas plantas les parecían hermosas para embellecimiento de la gruta de las ninfas—, porque en lugar de torcer por las trochas, se descolgaban verticalmente por las rampas formadas por los tupidos pajonales. En la tierra llana acortaban el camino, escalando las talanqueras y cruzando, por sobre los surcos, las labranzas...

Era un encanto el subirse a las cercas de pie-

dra, cuando la brisa forcejeaba con mayor empuje y volubilidad, para ver el oleaje de los trigales y los maizales. Era como una cadencia de ritual ancestro, como una sagrada melodía; era la sinfonía del viento y las espigas...

La entrada a la estancia se hacía por un camino bordeado de sauces y cunetas cuyas aguas estaban cubiertas por un tapiz acamaleonado, de plantas acuáticas diversas, entre las cuales sobresalían la "felpa encarnada" y los "guargüeros de sapo", que los zagales se complacían en rasgar a pedradas, para descubrir el agua y hacer saltar a las ranas adormiladas en las orillas.

Cuando pasaban por allí con menos prisa, se dedicaban a la caza de los cangrejos que anidaban entre los barrancos sumergidos; a coleccionar "escribanos" e hidrofílicos, que solían escapar zambulléndose con una carga de aire adherida al vientre como una coraza de plata; a observar



las artimañas de las perversas notonectas, que nadaban siempre bocarriba, en persecución de las ágiles sardinitas azules de visos metálicos que, a su vez, se convertían en los tiburones de las multitudes ambarinas de crustáceos que vivían entre las cortinas verdes de las algas. ¡Qué sorpresa cruel era para los gañanes la vida de estas aguas, en donde hasta ciertas hierbas acuáticas como las carnívoras utricularias, eran la casa de los ogros de infinidad de pequeñuelas criaturas!...

*

La gruta de las ninfas era un ara maravillosa de estratificaciones verticales, talladas por el riachuelo en una serie de enfiladas columnas escalonadas, desde unos palmos hasta unas siete estaturas de elevación las mayores, que iban a sostener con singular gracia el friso de líquenes, musgos y algas del altar, por donde, envueltas



Cantar de los Cantares

en siete velos diáfanos, descendían a la tierra, etéreas, armoniosas, miríficas, melódicas, siete náyades. . .

Dafnis y Cloe llevaban sus ofrendas al altar desde su niñez; las colocaban sobre las columnas, a la máxima altura que sus manos alcanzaban, de manera que sus primeras dádivas—consistentes en unas orquídeas traídas de los montes vecinos—, ahora engalanaban la gruta de las siete ninfas, con sus flores amatistas y de oro, sobre unas escarpas que, por mucho, se alzaban a unos cuatro palmos del suelo.

Flora guardaba con tan singular celo este secreto anfiteatro, que los árboles, frútiles y bejucos que lo circuían, formaban como una minúscula selva rampante, que sólo había detenido su voracidad ante los espejos sobre los cuales danzaban y se contemplaban las divinidades del agua, y al linde de la claraboya por donde el sol lanzaba, una vez al día, como en

una lluvia de oro para Danae, el tributo irisado de su arco.

Bajo la urdimbre diamantina de los siete velos, venían los zagales a refrescar y tonificar sus músculos cansados de las excursiones. Mientras se enjugaban, Dafnis admiraba, como si fuera por vez primera, con cierta sorpresa preñada de orgullo, a su compañera: —¿No le recordaba su rostro al de la diosa de Cnido? —¿Y las líneas de su cuerpo, a la Afrodita de Cirene? —¿Y “la viril altivez” de su cabeza, no le evocaba la de la Atenea Lemnia? Este último atributo, de tremenda y clásica severidad, se lo había contemplado Dafnis una sola vez: ello ocurrió cuando un cabrero, a la vista de Cloe, despiadadamente y sin objeto, aniquiló un nido de palomas.

¡Qué extraordinaria criatura era ésta, del renacimiento italiano, que se multiplicaba, como en un calidoscopio de terneza y dulzura, en



Cantar de los Cantares

imágenes plenas del aliento del Creador, barrocas, profundamente humanas!

En aquella gruta de las siete ninfas, revestida por los matices glaucos de todos los filones de la floresta, e iluminada al interior por las constelaciones lilas, azules y rojas de los "sietecueiros", que se deshojaban sobre el agua transparente del laguillo del fondo, Dafnis y Cloe aspiraban hondamente la fragancia agreste, de espaldas sobre la blanda alfombra de musgos y lycopodios que revestían la orilla, y dialogaban, y era ancha y pura la alegría de su risa. Y como potentados del sentido estético, tenían unidas a su corazón todas las criaturas, sin servidumbre, sin pesar del bien ajeno.

—Me causas un hondo, infinito placer —decía a su compañera el zagal— porque todos los bienes que han conocido mis ojos o he vislumbreado, te ornan como si fueras el arca de las virtudes del mundo...



—¿Y qué es el placer? —preguntaba Cloe, con el rostro radiante de caricias como capullo de rosa puesto al sol—.

—Es algo como la vendimia, como la espiga de trigo, como el recental, como un hijo, como esa placidez que aparece después de una buena acción, respondía Dafnis.

—¿Y por qué, entonces, parecen probar tanto placer los hombres malos?

—Hay muchas vendimias —mi Sulamita—, y cada labrador quiere cosechar con creces lo que ha sembrado. Ahora, si el fruto de la atrayente datura —por ejemplo—, que ningún labriego cultiva, y se pregona a todos los vientos por sus trompetas de oro y rubí o por sus inmaculadas de armiño, es tósigo que mata, no hay razón para sospechar de las doradas mieses que nos ofrezca nuestro prometido agosto. Además, ¿quién sabe si la datura no nos brinda sus frutos sino sus flores...?



Cantar de los Cantares

Y el zagal continuaba: —¿Huír del placer...? No! ¡Que la ética nos dé su mejor semilla para nuestro huerto, pero que nadie quiera malograr nuestras cosechas!

Y proseguían de esta suerte sus pensamientos, candorosamente, por el camino luminoso de Dios.



De la gruta se elevaba como un cántico sin término, solemne y misterioso, el salmo de las ninfas:

“Pueblos todos, batid las manos;
aclamad a Dios con voz de júbilo”.



Estancia Tercera

“La Venus Morena de Giorgione es, por consiguiente, más profundamente cara a nuestro corazón...”. “Es una promesa y un presagio; con Ella el corazón humano vive en el anhelo del porvenir, en el ansia de un inalcanzable mañana”.

Gherardo Marone

(“Pintores Italianos del Renacimiento”).

“Y si Praxiteles nos inspira una íntima gratitud, un sentimiento de ternura, en nada parecido a la heroica exaltación que nos infunde Fidias, ello obedece a que nos ha enseñado que el cuerpo femenino, por su ascensión en plena luz, y la emocionante fragilidad de su vientre, de sus flancos, de sus senos, en que reposa nuestro porvenir, resume el esfuerzo humano, expuesto, en su invensible idealismo, a tantas tempestades”.

Elie Faure — (“El Arte Antiguo”).

“Hermoso es cada uno de mis órganos y de mis atributos, y los de todo hombre puro y limpio”.

“Ni una pulgada de mi ser es vil y nobles son todos los átomos de mi cuerpo...”.

Walt Whitman — (“Canto a mi mismo”).

“Toda tú eres hermosa, amiga mía, y en tí no hay mancha”.

Salomón — (“Cantar de los Cantares”, IV-7).

CANTAR DE LOS CANTARES

HIERATICO derroche de luz y de fuego era el sol en el azul y rutilante firmamento. Había recogimiento en la vastedad de la vida!

Los ganados y los pájaros, en respetuosa mudéz, se habían ocultado entre los matorrales o bajo la sombra de las ceibas; ante la ritual fiesta del sol estaba a punto de rendirse castamente la púdica mimosa; las cápsulas del algodonero se abrían, en doradas estrellas, para ofrecer al claro día sus vírgenes e inmaculados capullos; y en el abismal silencio sólo se oían los himnos litúrgicos de los abejones y las abejas, que se aproximaban y se alejaban como los dedos de un virtuoso sobre las modulantes cuerdas de un violoncelo. . .



Cloe, olvidada de sí misma, caminaba alelada, con los ojos absortos, por los caminos del monte y por los surcos de las labranzas, maravillada ante el espectáculo de sumisión de la naturaleza ante el sol. Al llegar la noche, no acompañó a Dafnis como de costumbre; lo besó, y se fue perseguida por el sueño, agobiada. El calor desplegaba los párpados y adormecía los tiernos capullos...



El cielo estaba inmaculadamente estrellado, y la Vía Láctea era un río de puntos de brillo inefable. La negra montaña, preñada de misterio, con su peplo de nubes plateadas, se encendía para dar a luz la blanca bruñida luna, y las siluetas de las palmas y de toda la flora cimera adquirirían cierto embrujo solemne...

Sumergido su cuerpo y su alma en la brisa

Cantar de los Cantares

del amanecer, e incitado por los dioscecillos que suelen descender por los hilos de plata, desde las estrellas y bajo la luna, el muchacho iba en busca de su amiga; y mirando al cielo, recitaba el "Cántico del Hermano Sol" del Pobrecillo de Asís. —El día anterior Cloe le había obsequiado, con tierna dedicatoria, un primoroso ejemplar de "Las Florecillas"—:

"Loado seas, mi Señor,
por la hermana luna y las estrellas;
en el cielo las formaste claras y preciosas
y bellas".



La estancia estaba iluminada por una luz indirecta y apacible. Las flores y todos los objetos, cuidadosamente arreglados por una mano femenina, se recataban... La fragancia, exquisita, era apenas perceptible. Sólo Cloe lo colmaba



todo con cierto hechizo angelical; era como un jardín bañado de sol e invadido por la gracia, la alegría, la frescura, los ojos inocentes y el candor de esos preciosos niños que forman la "Guirnalda de Frutas" de Rubens.

Nunca antes la mirada de Dafnis había llegado hasta tal plenitud de la belleza: era la "Venus Dormida" de Girgione, desprendida del lienzo de Dresde! Sus párpados y sus labios, sin pliegues ni contracciones, en apacible abandono, denunciaban la placidez de su sueño puro. Superaba a la del renacimiento por la inefable dulzura; tenía un canon menor y era hermosa con la frescura de la naturaleza jamás profanada por el artificio.

Su piel diáfana, pálida, tersa, delicada y pubescente como el fruto de los durazneros, con casi un invisible vellón de oro, era fascinadora como campo de panes con las espigas en sazón.

Cloe desnuda, embrujadoramente pálida, era

Cantar de los Cantares

una margarita inmaculada dentro de su madreperla. Margarita, Venus de nácar, de rosas y de leche; conmovedora margarita desnuda y pálida...

La sangre apenas encendía suavemente las extremidades de sus finos dedos, las aureolas de los senos, los lóbulos de sus orejas minúsculas...; pero se agolpaba fuerte y roja, como una amapola, sobre sus labios.

Tan casta, sencilla y dulce era su belleza, que los jóvenes brahmanes, al iniciar su sacerdocio, la hubieran tomado por la perla ante la cual imploran la perpetua pureza y la vida eterna, con estas delicadas razones consagradas en los himnos del Atharva Veda:

“Nacida del viento, de la atmósfera, del relámpago, de la luz celeste, nacida del oro, que esta concha, que esta perla nos proteja contra el peligro”.

“Que esta concha, que esta perla, universal remedio, nos proteja contra el peligro. Nacida en el cielo, nacida en el mar, llevada por el océano, nacida del oro, que esta concha, que esta gema prolongue nuestros días”.

Cloe parecía iluminada por una celestial lámpara interior; sólo se proyectaban las sombras de su magnífica cabellera, de los castos vértices y de sus doradas pestañas.

Dice Rodín algo que corresponde, seguramente, a un sentimiento universal, pero que adquiere un valor axiomático en labios de este genio de la forma y del espíritu humano: “El cuerpo es el espejo del alma y de ahí proviene su más grande belleza”; y agrega: “lo que nosotros adoramos en el cuerpo humano, es, más que su forma bellísima, la llama interior que parece iluminarlo por transparencia”.



Cantar de los Cantares

¿Por qué extrañas aberraciones huirá, a veces, el hombre, de esta obra maestra de la creación? ¡Huír de esa belleza que sentimos intuitivamente como la más grandiosa del Universo; igual a Dios, así como está escrito en el Primer Libro de Moisés: "Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió; varón y hembra los crió"!

Platón, como todos los griegos de la antigüedad, admiraba y amaba la desnuda belleza del cuerpo humano, porque en ese deleite hacía viaje más presuroso hacia el fin de su filosofía. Para él, "las ideas, duraderas y eternas como la misma divinidad, son las que determinan las formas variables del mundo corpóreo".

No es verdad que el noble culto al desnudo conduzca a la lujuria. No! La contemplación inteligente de la figura humana es un espectáculo de sabiduría que inhibe nuestros desordenados apetitos, mata al Homo Lupus, da alas



a nuestros pensamientos, sirve de orientación a los más elevados ideales y nos mantiene firmes en el carril del humanismo.

La consideración científica, estética y afectiva del hombre —estoy afirmando una intuitiva verdad—, detendrá este acelerado viaje que llevamos, sin misericordia, hacia la barbarie!

*

Dafnis acariciaba la belleza de Cloe con arrobamiento, como crece y se sujeta una liana; era su ideal. Por ella subía su amor hacia Dios.

Qué bonitos eran sus pies, sus finas rodillas y sus primorosas y bien torneadas pantorrillas. ¡Cuántas veces la vio correr hacia él, como una cabrita juguetona!

Sus muslos, sus caderas y su angosta cintura, le recordaban la esbeltez de las tímidas venaditas de los páramos; le evocaban las ánforas an-



Cantar de los Cantares

tiguas y le hacían pensar en las proporciones armónicas de los pitagóricos.

Su vientre y sus breves pechos eran purísimos, soberbios y firmes como la buena tierra. Observa Fray Luis de León, que “no se puede decir cosa más bella ni más a propósito que comparar los pechos hermosos de la Esposa a dos cabritos mellizos; los cuales, demás de la terneza que tienen por ser cabritos y de la igualdad por ser mellizos, y demás de ser cosa linda y apacible, llena de regocijo y alegría, tienen consigo un no sé qué de travesura y buen *donaire* con que roban y llevan tras sí los ojos”.... Y Dafnis tenía la certidumbre de que, en sus amorosos requiebros, Salomón había intuído la espléndida plenitud de Cloe.

Sus brazos y sus manos —encarnación perfecta del ritmo y de la ascensión—, hacían desaparecer la gravedad, echando a volar su torso mag-



nífico. Así, ingravidas, sus espaldas alcanzaban proporciones divinas.

.....
Las manos del Señor debieron estremecerse de gozo cuando modelaba esa arcilla...!



Como "El Quijote", e igual que "El Idiota", el tímido príncipe Muiskin, la obra de Rodín contiene el alma humana en su esencia más pura; la representa en la culminación de su inteligencia, en el éxtasis de su pasión, con el desbordamiento de sus emociones más hondas...

Dafnis y Cloe conocían y amaban las creaciones del gran escultor. Dafnis las sentía, como que su alma era la de un artista que se había dispersado por los senderos de la naturaleza; Cloe adivinaba que Ella misma era clave de la inspiración. Así, cuando visitaban la gruta de las ninfas, era para rendir culto a la máxima



Cantar de los Cantares

expresión de esa belleza. Al muchacho le parecía que el rostro purísimo de su compañera, pleno de delicada majestad, era la expresión formal de sus ideales: "El Beso", "La Aurora", "El Pensamiento"... Cuando la contemplaba, sentada sobre las primeras gradas de la gruta, destacadas sus líneas clásicas sobre las amables y vaporosas ninfas, comprendía que era su "Idolo Eterno". Entonces doblaba sus rodillas contra la roca, inclinaba su cabeza sobre el cuerpo de Cloe, y parecían sus labios como una mariposa sedienta de nectarios. Cloe era, en aquellos instantes, su jardín florido.

.....

Y entre este aletear de fascinada mariposa, Dafnis, igual que mil veces, le repetía a Cloe algo que era como un ardiente ritornelo de su gran poema de amor; su *Cantar de los Cantares*:

—Fragante cual campo de poleo; deliciosa como las olivas.



—Hermosa es tu garganta, amada mía.

—Son tus labios como pétalos de rosa recién entornados por la brisa y el sol del amanecer.

—Es tu nariz como la quilla de tu espíritu.

—Tus garzos ojos son dos ventanas del cielo; su luz doró los delicados arcos de tus cejas.

—El opulento Neptuno trajo del mar, para regalo tuyo, para tus chiquillas orejas, la más primorosa pareja de conchas.

—El óvalo de tu rostro es la armonía eterna.

—¡Venid presuroso, con vuestra paleta, Beato Angélico!

—Tu belleza es como la de esas yerbas silvestres que florecen en las montañas elevadas, y son hermosas sobre la nieve.

*

Cierta vez Cloe le dijo: — ¿Y si alguna vez, vida mía, se volviera feo mi cuerpo..., me seguirías amando?



Cantar de los Cantares

—Si llegara esa hora, amor mío —le respondió Dafnis—, habrían desaparecido, para siempre, los velos que turban tu lumbré interior. Entonces, frente a tu bellísima alma, al supremo bien del divino Platón, mi adoración por ti se habría hecho eterna.

En su huerto, cara al cielo, Dafnis sentía que las ramas del limonero se inclinaban sacudidas por brisas apasionadoras, y que sus frutos, redondos y tibios de sol, se posaban sobre sus labios.

Estancia Cuarta

“¡Oh buenas Santas! Hácenme signos de que vaya con ellas; que nada tema; que, como ellas conocen el camino de las constelaciones, su barca nos conducirá al Paraíso en derecha”.

Federico Mistral — (“Mireya”).

“...y entre la nieve del sudario parecía el cuerpo una estatua de mármol de que apenas se hubiera cincelado la cabeza”.

Clímaco Soto Borda — (“Diana Cazadora”).

MUERTE DE CLOE

AQUEL día estaba lleno de silencios. Al alegre Pan se le había helado la risa, había roto la flauta de mil tubos y tenía húmedos y tristes los ojos. Había luto en el paisaje!

Cloe, tendida, inmóvil, callada como las aguas sin rumbo y sin brisas, parecía un reflejo de luna fundido en las sombras.

Dafnis, quebrado, retorcido sobre su propia desdicha, cuajada la sal de sus lágrimas en los labios, narraba con voz apagada, que era como una estilización de su dolor, la partida de Cloe, así:

—...El alma soltó las amarras, y sus pupilas principiaron a dilatarse con espasmo, hasta convertirse como en dos velas, en dos alas monstruosas, sin brillo... El soplo divino de la crea-



ción, a pesar del esfuerzo de mis brazos; a pesar del doloroso implorar de mi corazón; a pesar de mi ancha, de mi insondable amargura, se fue al impulso de brisas heladas... Se hizo a la mar del firmamento.

—Apenas quedaba, apoyada sobre mi pecho, inmóvil, fría, cuajada en el rostro una dulzura infinita, la estatua yacente de la que otrora fuera una de las más perfectas criaturas creadas por Dios.

*

—Envolvieron su cuerpo en una blanca sábana y sólo dejaron desnuda la cabeza...

—¿Qué artista genial esculpió ese rostro maravilloso de óvalo perfecto, con dos hoyuelos en las mejillas, de orejas pequeñísimas y delicadas, de nariz de impecable factura, de boca adorable —que no se podría besar teniendo la sombra



Cantar de los Cantares

del más leve de los malos pensamientos—, y con los bellos ojos dormidos, al amparo del oro de sus largas pestañas y de los arcos finísimos de sus cejas?

—Pero... ¿Por qué el artista detuvo su mano? ¿Por qué no siguió adelante la obra maravillosa de su Venus Yacente? ¿Por qué, en lugar de esculpir con el pincel, encendió cuatro velas que inútilmente golpeaban el mármol con su destello siniestro?

—¿Se volvería loco, quizá, deslumbrado, agobiado, por el prodigio insuperablemente alcanzado más allá de su genio? ¿Qué irremediable tragedia pasó?

—¡El artista dejó inconclusa la obra que quería para mí, para mis besos... Se volvió loco el artista!

—La pequeña alcoba de la bella muerta se fue colmando de sus lindas amiguitas; fueron: Mari-



na, Blanca, Elvira, Beatriz, Clara, Mercedes, Ester... ¿Pero cómo tener lúcida la memoria para recordarlas a todas?

—Absortas, abismadas, se acercaban a ese precipicio abierto furtivamente, y se preguntaban, sin palabras, qué había sido de sus claros y purísimos ojos; de su acento de campanillas de nochebuena; de su voz, la noble expresión de su espíritu; de su gesto; de su boca roja, que se abría encantadora para desgranar su risa y mostrar sus dientes que parecían una manada de inmaculados y alegres corderillos... Su risa que tanto amaban los niños de la vecindad, que venían al balcón para brindarle su cariño con su medialengua.

—¿Qué se hizo ese jardín florido, amorosamente cuidado? ¿Dónde el huerto que apasionadamente cultivé? ¿Por qué se anticipó la vendimia si los racimos no estaban maduros? ¿Quién arrasó los campos y destruyó los panes...? ¿Sería,



Cantar de los Cantares

acaso, que las segadoras, envidiosas del dulce canto del trigo verde, lo acallaron con el corte helado de sus guadañas?

.....

—Marina acarició el rostro adorable, y, religiosamente, con fervor místico, tocó con sus labios las mejillas de la muerta... Y nuestras hijas bien amadas, abatidas por la insondable lobreguez de la orfandad, la miraron largamente conmovidas; se iluminaron de pronto, y la dijeron así: —Luz de la mañana, caricia de Dios, eterno bien, madrecita nuestra...

.....

Así, finalmente, se consumió la voz de Dafnis... Y los surcos concéntricos de la postrera onda se fueron borrando sobre el agua tenebrosa de su desolación.

*



L u i s M a r í a M u r i l l o

En el "Éxtasis de Santa Teresa" del caballero Juan Lorenzo Bernini, está concebido, en armonioso ritmo, el rostro yacente de Cloe: todavía, ante la garra de la muerte, el alma lucha abrazada a las líneas escultóricas creadas con amor!



Aunque todo bajo el sol es viejo, la disertación filosófica, la leyenda pastoril y el símbolo encerrados en este LIBRO, los tomó su AUTOR de la fuente nueva de su propia vida interior; los escribió hace ya cuatro años, y los da a la estampa por esta LIBRERIA VOLUNTAD, a los sesenta días del año MCMLI, en la villa principal de la muy hermosa y magnífica
SABANA
DE BOGOTÁ



LMM